LA GRUTA DE LA VIRGEN

A la derecha del pilar de los jazmines, los que idearon y dieron forma al jardín, construyeron una pequeñas gruta. Con piedras calizas recogidas en las montañas al norte y con plantas muy especiales: rosas de pitiminí, madreselvas, lirios, granados enanos, algunos cactus, helechos y musgos. Dentro de esta gruta, al fondo, entre piedras y plantas, pusieron una pequeña estatua de la Virgen. Con gran cariño y esmero, durante mucho tiempo, cuidaron cada día el pequeño espacio y la delicada imagen sagrada.

Hoy, ya final de la primavera y muchos, muchos años después de aquellos días, las cosas han cambiado mucho. Hay un encargado del jardín, riego y mantenimiento que tiene criterios extraños y poca sensibilidad por la naturaleza en general. Corta árboles casi por capricho, no riega las plantas, siembra naranjos y rosales sin criterio que luego riega de tarde en tarde y los centenarios almendros, almeces y palmeras que por este espacio crecían, los aniquila. El jardín, todo el gran y espléndido jardín que por aquí años atrás se veía, desaparece poco a poco y se muere.

Pero yo, desde hace un tiempo, cada noche lo veo en mi sueño. Siempre bajando por el viejo camino que desciende desde la colina del castillo, con su mochila a las espaldas, algo encorvado, con espeso pelo casi gris, solo y en silencio. Se para al llegar al río que corre a los pies de este viejo castillo, llena aquí de agua una botella de dos litros, sigue y atraviesa la ciudad y, rato después, llega al jardín. Sin permiso y como si fuera dueño del tiempo y del espacio, entra. Prescinde del encargado de este espacio y de los que en la casa viven y se acerca a la gruta de la Virgen. En silencio e inmóvil, se coloca frente a la pequeña imagen y así permanece mucho rato. Como abstraído y con su mente y corazón en lugares remotos. Luego se acerca a la gruta, donde crece el rosal de las rosas de pitiminí y en las raíces, derrama con mucho cuidado el agua que ha traído en la botella. Del lado derecho de la pequeña imagen, de rodillas y como del viento, recoge algo que no acierto a ver ni saber. En su mochila guarda cosas y luego, lentamente se aleja de este sitio.

Atraviesa el jardín por donde la pequeña madroñera, atraviesa la tierrecillas de huerto y en el banco de madera pintado de verde, se sienta. Frente a la ciudad y de nuevo mira y permanece en silencio. Me acerco a él, lo saludo y le pregunto:
- ¿Qué es lo que por aquí te trae tan asiduamente y qué hay en tu silencio y soledad?
- No me conoces ni sabes nada de mi vida que está llena de heridas, ausencias y soledad, mucha soledad. Lo que por aquí me trae y retiene, es algo más grande que el Universo y me duele en el alma y corazón como no hay otro dolor en el mundo. Me duele la ausencia de los que amé, me duele la indiferencia y forma de proceder de los que me rodean, me duele el poco respeto que tienen por los que fueron buenos y con mucho esfuerzo crearon por aquí un hermosísimo y singular espacio verde y me duele mucho, mucho lo que han hecho y están haciendo con este pequeño paraíso.
- ¿Se te ha muerto algún amigo?
- Los pocos amigos que he tenido, todos murieron o se fueron. Su recuerdo es lo que con fuerza me mantiene en este lugar. Quiero, necesito rezar por ellos y al mismo tiempo, le pido a Dios que me lleve. Al fin y al cabo, como todos en este mundo, sé que un día partiré. No tengo ninguna otra necesidad, deseo o sueño ya en este suelo. QUIERO IRME DE ESTOS LUGARES PARA SIEMPRE.
- Y en tu mochila ¿Qué es lo que guardas?
Y él no respondió a esta pregunta mía. Congelado, como perfume encapsulado en el viento, se quedó y está en mi sueño.